

CONSPIRACIONES Y DISFRACES



E desperté con una gran sensación de bienestar, estiré los miembros y hallé que la cama era amplia y mullida. Por la rendija de la puerta penetraba como tamizada, una luz discreta y tenue que se oscurecía á veces por el paso de alguna nube que opacaba momentáneamente el sol deslumbrador que debe de haber brillado afuera.

La habitación era chiquita, limpia como los chorros del oro y amueblada con pobreza: una media docena de sillas, una cómoda de ocote barnizada de negro y un ropero pintado al temple, componían todo el ajuar.

Completaba el atavío de la pieza una colección inmensa de santos de bulto, de pintura, en lienzo, en retablo, de litografía, grabados en madera por buriles primitivos, arrancados de novenas y de libros de devoción, de procedencia guatemalteca, queretana y tapatía, de *chicle*, de barro, de trapo y de *barniz*.

Cristo estaba representado de todas edades: rodeado de pastores y magos, en el pesebre en que asomaban sus cabezotas la mula y el buey. Dentro de un nicho de cristales, coquetón, con sombrero de fieltro verde de ala levantada y sujeta por cintillo de lentejuela, túnica blanca, cara mofletuda y sonriente, y baculillo que llevaba en la punta un *bulito* minúsculo con que pastoreaba á las ovejas de alfeñique, de zaleas verdes y azules. Mancebo, predicando á las masas; hombre, muriendo en la cruz en medio de ladrones, triste la faz, cárdeno el cuerpo, los ojos en blanco, las manos crispadas, piernas y pies descoyuntados.

Había San Franciscos de todas las denominaciones: el de Asís orando en la cima del monte Albernía, el de Paula con gran barba blanca, hábito achocolatado, corazón echando llamas y el lema *Charitas, bonitas*; el de Borja, rodeado de chinitos y japoneses color de ocre.

Y luego una colección de corazones traspasados, de entrañas hechas pedazos, de bustos desollados, de muelas arrancadas, de piernas torcidas, de brazos luxados, de hogueras, de potros, de tornillos, de piedras y de verdugos feroces con caras de demenios.

Pero lo que ocupaba la parte principal de la pieza, era una Virgen de la Soledad, con traje de infanta española bordado de oro, con manto y tocas de viuda, clavados al pecho siete puñalitos de plata y llevando en las manos

liencecillos de batista con que enjugar las lágrimas que salían de sus tristes ojos. Frente á la Señora ardía una lamparilla de aceite con mariposa, que agitaba sin cesar su lengua de fuego en conmiseración de los siete dolores de la Sin Mancilla.

Luego que me hube dado cuenta de aquel cuartucho, en que sin saberlo había dormido de un tirón catorce horas (como se duerme á los veinticinco años), me esperecé y quise bajarme de la cama, aunque me impidieron hacerlo con facilidad el hábito gris y el capillo que traía á la espalda.

Entonces recordé aquella odisea de tres semanas, por terreno enemigo, fingiéndome misionero franciscano, predicando en rancherías y cortijos, espiado constantemente y decidido á perecer más bien que á entregar los papeles que traía conmigo.

Apenas estaba en pie, cuando vi asomar un semblante amarillo y amojamado con unas púas por bigote, cejas pobladas, nariz de gancho y ojillos astutos y disimulados.

—¿Qué tal descansó Su Paternidad? ¿Ya le meten su chocolatito?

—Bandido, grité lleno de rabia; tú no me meterás chocolate, pero yo sí te meteré una bala en el cuerpo antes de ser llevado por tus esbirros.

—¿Pero qué estás hablando de esbirros, Juanito? dijo Nicolás Cuevas, pues no era otro el visitante repen-

tino. ¡Si no pertenezco á la policía desde hace cuatro meses, que el bueno de Lagarde me destituyó, so pretexto de que conspiraba! Entonces no era verdad, pero ahora



sí lo es; me encuentro en comunicación con todos tus amigos, que son los míos, y creo que no están descontentos de mí.

— Que tenga Su Paternidad muy buenos días, dijo una vieja de chanclas de orillo, tápalo de color de ala de

mosca y gran rosario de Jerusalén atado á la cintura, que formaba peregrina música al concertar el ruido del Crucifijo romano del remate con el movimiento de las chancletas que se movían sobre las losas.

— Deje su merced las pistolas, que este buen hombre es gente de paz. En negocios de política no se mete, y apenas si atiende á su fabriquita de almidón, que tiene establecida aquí.

Me reí, y tranquilizándome tomé la jícara de soconusco con *enreditos* que me ofrecía la patrona.

Luego y tras de arreglarme suficientemente, me calé el sombrero de teja, requerí un tomo del *Tratado de Diezmos*, de Lozano, y salí de la casa dando á besar la cuerda á todas las vecinas, diciendo chistes á las muchachas y dando cariñosos golpecitos en las mejillas de los chiquillos.

Mis instrucciones decían primeramente:

«Visitar á Gener en casa de Escandón, suplicarle solicite una entrevista con don Manuel y hablar á éste de las probabilidades que la revolución tiene de triunfar. Si estuviere de acuerdo, hacerle presente que se necesita de su auxilio para llevar las cosas á su último extremo. Hablarle con franqueza, proponiéndole envíe á las partidas de Michoacán la cantidad necesaria para socorrerlas durante tres meses, pues una de las cosas que han desacreditado el movimiento es la serie de excesos que

»esas partidas se han visto obligadas á cometer por la carencia de recursos.»

Gener y yo éramos ya conocidos desde Acapulco; y aunque tuvo dificultad de conocerme con cerquillo y corona, al fin hizo muy buenos recuerdos de nuestra antigua amistad. Sin demora subió á ver á su amo, y á poco regresó con la noticia de que don Manuel me recibiría á las oraciones de la noche.

— ¿Y no tendré que temer... vamos... algo desagradable... algo con la policía? pregunté á Gener.

— Usted, me dijo, no tiene siquiera idea de lo que es don Manuel; hombre más callado, leal y prudente no le hay en todo el país. Amigos tiene entre liberales y conservadores, y nunca ha tenido uno solo motivo de queja de la conducta del jefe como hombre parejo y consecuente... Es una gran persona don Manuel...

— Cuando daban las oraciones en la iglesia de San Francisco, llegaba yo á la esquina de Guardiola. No tuve necesidad de preguntar por el amo de la casa, porque un mozo que de seguro me aguardaba, haciéndome mil reverencias me introdujo por corredores y aposentos riquísimos hasta un despacho humilde que se hallaba al fin de una galería de cristales.

Allí estaba don Manuel, con el aspecto de insignificancia que ya le había advertido desde los primeros días.

— Siéntese, padre, me dijo, y en seguida estoy con usted. Voy á concluir de firmar estas cartas urgentes.

Cuando acabó de firmar, salió el dependiente haciendo una reverencia y dejándonos solos.

— Ya sé, me dijo, que trae usted cartas del amigo Comonfort; me lo ha contado Gener.

— Cartas no, le contesté; pero sí autorización suya para tratar acerca de un asunto que importa á la revolución. Quiere el General contar con el apoyo de usted á fin de enderezar la situación de Michoacán, á cuyo efecto pretende que usted se encargue de pagar á aquellas partidas ó de suministrar, de una sola vez, la cantidad que sea menester.

— Ya sabe su jefe de usted, me dijo, que no soy político, ni me ocupo en negocios de gobierno. Soy banquero y comerciante, y suelo hacer anticipos á las personas que me inspiran confianza, y cabalmente el señor Comonfort me la inspira completa. Dígale usted que le puedo adelantar hasta ochenta mil pesos, á fin de que los invierta como guste. Yo situaré las cantidades en los puntos que el General me indique.

Me iba á despedir, cuando añadió:

— Y en cuanto á usted, viva sin cuidados, pues nadie se cuidará de aprehenderlo. Todo esto anda de tal manera, que los sabuesos de marras han perdido el olfato y nadie se acuerda de nadie. Cierto que su calidad de pró-



Traigo un papelito para su mercé...

fugo de la cárcel de aquí haría que preventivamente y mientras otra cosa pasaba, se le pusiera nuevamente á la sombra; pero no creo que haya quien le delate. En todo caso, siga usted viviendo en ese apartado barrio de Santa María y conserve su disfraz, que así es difícil que le conozcan.

Pero no me fié mucho de los optimismos del señor Escandón. Salí de ocultis y con infinidad de precauciones, pues no me convenía comprometer el éxito de mi comisión por hacer alardes de intempestivo valor.

Seguí á mi casa, recibí la visita de doña Chole San Martín, como se llamaba mi pupilera, oí los desahogos de Cuevas, que vivía más desilusionado que nunca, y me salí á llevar cartas, á hacer visitas y á tomar nota de los acontecimientos.

Al día siguiente se me acercó, con doscientos mil trabajos, un tullido de esos que caminan con los glúteos, ayudados por los pies y las manos deformes y callosas.

— Amitos, ¡qué, no me darán mis amitos una limosnita de por el amor de Dios?

— Perdone, hermano, respondí apresurando el paso.

— Padrecito, no me desaire su merced, que se lo pido con necesidad.

Y al bajarme á darle un *tlaco* mugriento, el baldado me dijo en voz baja, pero perceptible:

— Traigo un papelito para su mercé.....

Sin esperar más, entré á un zaguán vecino, el tullido me siguió y allí puso en mis manos un sobadísimo papel doblado en forma de mariposa y que tenía estas solas palabras; escritas con una letra para mí conocida:

Venga á Arsinas 9, dentro 27. — Tres golpes.

Paré un simón que pasaba, dí unas señas indiferentes, y al fin indiqué el verdadero objeto de mi expedición.

Pagué al cochero, atravesé el primer patio con tendedores de ropa blanca, muchachos gritones y viejas que lavaban. Una se enjugó las manos en el delantal y fué á besarme las mías, tres chiquillos que jugaban secos de trompo, fueron á cogerme el hábito.

Me limpié el sudor con un paliacate, dije un latinajo á la besuqueadora, é hice una caricia á los muchachos.

— Por aquí, padrecito: pasa su mercé este arco, da vuelta á mano izquierda, y sobre su misma izquierda, á las tres puertas, es el 27. Tiene el número borrado; pero con las señas, no hay error.

Unos zapateros jalaban el tirapié cantando y bebiendo pulque; un muertecito vestido con traje de San Luis Gonzaga hecho de papel de China, los dientes de fuera, los ojos medio abiertos y la cara llena de pintas, que indicaban *ya le había brincado* el cáncer, *contemplaba* el velorio con las manos enclavijadas y el cuerpo constelado de moscas.

Dí tres golpes, me abrieron la puerta y entré al cuarto oliente á humedad y á podredumbre.

— Cuidado, me dijo en voz baja Suárez, echándome los brazos; no haga usted extremos ni hable fuerte. Aquí



soy el *maistro* Antonio Curiel, que trabaja en una velería del rumbo de San Cosme. Mire usted qué traje...

Entonces me fijé en la camisa mugrosa, el pantalón sucio, el zarape roto en partes y el sombrero de copa baja con una franja de sebo que podía arder en un candil.

—Vámonos de aquí, querido, vámonos que me ahogo...

Tengo que ver á Lorenzo Carrera, á Casimiro Collado y á Manuel Gargollo.

Salimos y nos encaminamos á los potreros del rumbo en que el viejo Pane había abierto los primeros pozos artesianos.

— Conque usted está al lado de Comonfort. Todo lo sé por Gener... Que sea en muy buena hora, pues me parece que es el *papá* del partido. El viejo Alvarez es un fetiche que hay que adorar; pero en el que no hay que confiarse, porque está más chocho que Matusalén si viviera... Yo conspiro con alma, vida y corazón... Bonilla tiene barruntos de que aquí estoy; pero no llegará á echarme garra. He sido sucesivamente amanuense de un señor abogado, sacristán de monjas, tablajero, cómico de la legua, recaudador de la mayordomía de propios, oficial de platería, periodista, médico de barrio y hasta diurno. Sí, amigo, asómbrese usted, diurno... En el monte estaba quien el monte quemaba... Y rió con risa de conejo, desabrida y desganada. Y en cuanto á usted, no se fíe de ese disfraz rudimentario, que acusa al conspirador recién llegado é ingenuo. No faltará quien le siga los pasos y vaya con el soplo á Lagarde ó á cualquiera de los que se sentirían dichosos pudiendo ofrecer un chivo expiatorio por los pecados de todos los que no nos dejamos coger.

Esa viuda honradísima, y por lo menos ese ex polizonte que ya hizo un cesto y podrá hacer cien mil, con la ma-

yor facilidad darán cuenta de usted... Y en último caso, ¿no se extrañará que un fraile, aunque sea de fuera, no viva y duerma en su convento, en vez de andar en casuquillas de mala muerte?

Convine en lo que Suárez me decía, y le ofrecí no volver á aquella casa.

— No, no haga usted tal cosa, porque espantaría la caza y quizás pondría en un disparadero á sus hospedadores. Dé sus vueltas, vaya de cuando en cuando, nunca duerma allí, y verá como todo marcha á pedir de boca.